

JOSÉ-RAMÓN JULIÁ VIÑAMATA

LA REALIDAD DE LA EUROPA MEDIEVAL: RESUMEN Y CONCLUSIONES DE
LA «XXI SEMANA INTERNACIONAL DE ESTUDIOS MEDIEVALES»

La «XXI Semana Internacional de Estudios Medievales», organizada como es habitual por el Instituto de Historia de la Cultura Medieval (Universidad de Barcelona) y el Instituto Universitario de Estudios Medievales (Universidad Autónoma de Barcelona), se celebró en Barcelona a lo largo de los días 28, 29 y 30 de junio de 1993 y giró en torno al tema de *Europa en la mentalidad y las realizaciones medievales*. La sesión inaugural tuvo lugar en el Auditorium «Valls i Taberner» del Archivo de la Corona de Aragón y las conferencias, a cargo de especialistas nacionales y extranjeros, se desarrollaron ante un numeroso público en el *Aula Magna* de la Universidad de Barcelona.

* * * * *

En el transcurso de la «Semana» se trataron aspectos tales como los mitos de Europa, el Derecho, la Ley, las doctrinas políticas bajomedievales y la cultura literaria. Se sometieron a examen cuestiones relativas al nacimiento de Europa y, al mismo tiempo, se buscaron lo que definiríamos como puntos concordantes o atisbos de unificación mediante el estudio comparativo del Sacro Imperio Romano Germánico, del camino de Santiago o del modelo cluniacense (en cuanto paradigma de los sistemas alimentarios monásticos del Occidente medieval). Sin olvidar, naturalmente, aquellas sociedades que Salvador Claramunt —en su intervención— encuadró genéricamente en «la otra Europa» o periferia europea, al referirse a los pueblos eslavos y al Imperio Bizantino.

El objetivo inmediato de los organizadores de estas jornadas de estudio consistía, pues, en exponer y analizar un conjunto de aspectos políticos, sociales, económicos o culturales que se desarrollaron a lo largo de un milenio crucial para la historia de la Humanidad y contribuyeron a conformar eso que denominamos Europa. Esta meta se cumplió sobradamente, ya que las distintas intervenciones dejaron la puerta abierta a una serie de interrogantes y aportaron, a su vez, algunas conclusiones dignas de mención.

El tema debatido en la «Semana», por otra parte, constituyó un acierto. La oportunidad de someter a examen las raíces del Viejo Continente estriba en la

aceptación de que gozan actualmente las teorías europeístas, tanto en el sector económico como político, aunque en general ofrecen un notable alejamiento de la realidad histórica. No podemos ignorar, en este sentido, que la mentalidad y las realizaciones de la Europa medieval son, hoy en día, objeto constante de comentarios, alusiones y referencias, frecuentemente mal interpretadas y peor aplicadas.

En efecto, últimamente es muy común hablar de una Europa medieval oscura y sangrienta a la hora de explicar cualquier hecho actual injustificable. Los medios de comunicación no son ajenos a esta costumbre y así vemos como, ante una guerra fratricida o ante cualquier acto humano aberrante que tenga lugar en los límites de la Europa contemporánea, surge inevitablemente el comentario de que «*volvemos a la Edad Media*» o «*nos encontramos en la Edad Media*». Y, al contrario, ciertos momentos de la Historia de Europa que destacan por su brillantez y esplendor son invocados reiteradamente por los sectores más nacionalistas de aquellos países que sueñan con un retorno al pasado y buscan resucitar viejos Imperios. El oportunismo histórico, en verdad, es evidente.

* * * * *

Para desterrar definitivamente los tópicos, las perspectivas estereotipadas, que proliferan en torno a la idea de la Europa medieval, los participantes en la «Semana» plantearon una serie de cuestiones. Y la primera pregunta que cabe hacerse, al hablar de Europa, se relaciona con su identidad, es decir ¿a qué Europa nos referimos?, sin olvidar en ningún momento –tal como apuntó José E. Ruiz Doménech– que «*Europa es una civilización que tiene fama de saber de sí misma más que cualquier otra civilización*», pero que paradójicamente «*se trata de una civilización que ha tenido y tiene las mayores dificultades en fijar y concretar sus orígenes*». La pretendida unidad continental que, según algunos teóricos, se dió en ciertos momentos de la Edad Media queda, ciertamente, en entredicho, si nos atenemos a la coexistencia en un espacio geográfico común de formaciones socioeconómicas tan diferenciadas entre sí como los pueblos eslavos y escandinavos, el Imperio Bizantino, el Sacro Imperio Romano Germánico o las ciudades-estado italianas.

La segunda cuestión debatida estos días es aquella que se plantea en torno a dos conceptos: continuismo o ruptura a lo largo de la Edad Media, lo cual permite aventurar hipótesis acerca del nacimiento de Europa. Es decir, se trata de estudiar detenidamente las diferentes realizaciones medievales europeas, tanto económico-sociales como políticas, culturales o mentales, para determinar si suponen una ruptura con el pasado –que nos induce a pensar en el nacimiento de Europa– o, al contrario, se reducen a simples formas continuistas respecto a períodos y situaciones anteriores –lo cual concede evidentemente un gran protagonismo al Imperio Romano de Occidente–.

En este sentido es importante tener presentes las palabras de Roberto S. López,

convencido de que el Imperio Carolingio constituye, a la hora de establecer un hipotético nacimiento de Europa, una partida equivocada. Ello le llevó a considerar, en contra de las corrientes de opinión más generalizadas, que las claves de la Europa contemporánea hay que buscarlas en cualquier momento entre los siglos V y XV, y por tal razón apuntó la conveniencia de que el estudioso debe analizar cuidadosamente todo este milenio y decidir subjetivamente acerca del período histórico que puede desempeñar el papel de nacimiento y despegue. Quizás, como señalaba José E. Ruiz Doménec, el siglo XII va a cobrar al respecto una especial significación ya que en este momento Europa se desmarca de su pasado, justo cuando empieza a comprenderlo, y se desvincula de la tradición, es decir del mundo latino, de las migraciones bárbaras y de otros fenómenos históricos por excelencia.

Pero no hay duda de que la búsqueda de los orígenes de Europa lleva a una revisión rigurosa de aspectos sobradamente conocidos de su historia. En este sentido es imprescindible reflexionar, por ejemplo, acerca de la descomposición del Imperio Romano de Occidente y sus fenómenos paralelos –consolidación del cristianismo, formación de los reinos germánicos y despegue inicial de Bizancio–, pasando acto seguido a analizar el origen y consecuencias de las dos grandes convulsiones que tienen lugar a partir del siglo VII –la irrupción del Islam en la escena política europea y el nacimiento del Imperio Carolingio–, sin olvidar naturalmente el nuevo mapa resultante del contacto entre ambas formaciones y las mutaciones económicas, sociales o institucionales que se derivan y que, en definitiva, se sintetizan más tarde en el llamado orden feudal.

A partir de ahí, es preciso estudiar los dos fenómenos que conducen a la plenitud medieval de Europa, como son la reactivación del comercio y el despertar de la vida urbana –plenitud que vive su punto culminante con las monarquías feudales y el apogeo del Sacro Imperio Romano Germánico–, sin olvidar aspectos posteriores tan significativos como el triunfo de la teocracia pontificia, el inicio del Parlamentarismo y la consolidación del mundo universitario, que van a imprimir un sello especial al siglo XIII. Las crisis y transformaciones de los siglos XIV y XV, por su parte, deben ser analizadas siempre en función de los nuevos Estados que hacen su aparición tras el hambre, la peste y la guerra de los Cien Años.

¿Acaso el estudio detallado de estos temas ayudará a entender mejor la identidad de Europa? La respuesta no es sencilla, máxime si tenemos en cuenta –como subrayó G. Papagno– que Europa, al final del mundo antiguo, es una entidad eminentemente mediterránea cuyo centro neurálgico sufre un desplazamiento hacia el Este con la fundación de Constantinopla y, tras la desaparición del Imperio Romano de Occidente, se convierte en una multitud de centros de identidad cuya principal característica es el convencimiento de que cada uno de ellos representa un papel más verdadero y genuino que sus vecinos ¿Debemos seguir pues los consejos de Roberto S. López?, es decir analizar minuciosamente los hechos históricos que tienen lugar en

el extenso arco cronológico comprendido entre los siglos V y XV y decidir, de forma unilateral y subjetiva en cuanto lectores de la Historia, cuando nace Europa.

* * * * *

Tras todo lo dicho puede parecer que en la «XXI Semana Internacional de Estudios Medievales» sólo se plantearon interrogantes, pero a lo largo de los tres días de sesiones se obtuvieron respuestas a cuestiones debatidas y se precisaron aspectos a modo de conclusión, como por ejemplo, y haciendo un balance final:

– G. Papagno insistió en la idea de que el Cristianismo introduce modificaciones importantes en la esencia europea, relacionadas con el tiempo y el espacio.

– El Imperio Carolingio, en cuanto a precisar el nacimiento de Europa, fue una partida equivocada –como apuntó J.E. Ruiz Doménech citando a R.S. López– y en el siglo XII Europa se despega de su pasado, justo en el momento en que empieza a comprenderlo, y se olvida también de la tradición (cultura latina, migraciones bárbaras, etc.)

– A. Riera desarrolló la idea, a través del estudio del sistema alimenticio de la Orden de Cluny, de que la irradiación de algunos moldes monásticos permite adivinar la existencia de cierta uniformidad europea, o cuando menos de puntos de identidad entre centros repartidos por Europa. Se trata, en realidad, de la adopción de un modo de vida, el *ordo cluniacensis*, por todo el continente, desde Galicia a Baviera y desde el valle del Mosa al valle del Duero, que se traduce en una verdadera y tupida red de casas cluniacenses que son el remedo unas de otras y que imponen, en los siglos XI-XII, una rígida austeridad y una marcada independencia ideológica. A mediados del siglo XII tiene lugar la política renovadora de Pedro el Venerable, tendente a corregir los excesos y recuperar las «viejas costumbres» de Ulric, cuyos objetivos son básicamente restaurar la disciplina en los cenobios y reducir drásticamente los gastos de los monjes, sobre todo en la mesa. Pero Cluny acaba endeudándose, pasa de prestar dinero a solicitar créditos y, hacia 1170, demuestra su incapacidad para mantener el antiguo vigor y empieza a ser una figura del pasado. El futuro está representado ya por otras Órdenes (premonstratenses, cistercienses, etc.) y Cluny –la Orden que mejor supo adaptarse al régimen feudal– resulta incompatible, en definitiva, con los cambios del siglo XII, con lo cual dicha centuria se convierte una vez más en punto de ruptura, de evolución.

– Y ¿cuál es el papel del Sacro Imperio Romano Germánico en la construcción de Europa? Odilo Engels puso de manifiesto, en su intervención, la significación de ciertos hechos aparentemente insignificantes, como el protagonizado por Conrado III en 1138. Efectivamente, cuando Gregorio VII propaga el concepto de «*regnum theutonicum*» para diferenciar Italia y Borgoña del territorio alemán –donde arraiga esta idea de forma especial– Conrado III, para evitar las consecuencias políticas que

se derivan de la aplicación de las distintas condiciones de investidura establecidas en el Concordato de Worms (1122), crea en 1138 una Cancillería común a los tres reinos.

– El Derecho es, sin duda, uno de los elementos aglutinantes más evidentes de eso que entendemos por Europa y en ese sentido, como expuso A. Udina Abelló, el siglo XII adquiere una nueva dimensión al protagonizar la aparición del *ius comune* –suma del Derecho Romano y Canónico, las *consuetudines* y el Derecho feudal– que se aplicará en todos los reinos continentales, convirtiéndose así en factor unificador. Este ordenamiento jurídico marca la ruptura entre la Alta y la Baja Edad Media, con lo cual el siglo XII parece representar una vez más el papel de eje divisor. Y no hay que olvidar un fenómeno paralelo tan significativo como la aparición y desarrollo a lo largo y ancho de Europa de las Asambleas Parlamentarias, Legislativas o Representativas.

La vigencia del *ius comune* es, pues, un signo de uniformidad que contribuye a reforzar la idea de homogeneidad, pero la antagónica aparición del *ius proprium* nos sitúa ante una diversidad de leyes que empaña esta teoría por cuanto nos muestra una Europa política y socialmente fraccionada ante el Derecho.

– A finales del siglo XIII, por otra parte, se vive una situación que hace difícil barajar en un plano de igualdad el término de Europa. Como bien dijo M. Riu, ninguno de los dos poderes que tradicionalmente han luchado por el dominio –es decir Papado e Imperio– se puede considerar victorioso y un siglo más tarde, en las postrimerías del XIV, Europa es una proliferación de sociedades diversas (comunidades y comunas, cuerpos y órdenes, repúblicas urbanas, señoríos laicos y eclesiásticos, etc.) y el espíritu gibelino evoluciona hacia un nuevo espíritu laico. En el aspecto institucional, además, no hay Derecho Común sino más bien todo un conjunto de prerrogativas defendidas por los distintos grupos de presión. La formación de lazos de solidaridad entre todas las piezas separadas (Estados) que componen el conjunto europeo va a ser, sin embargo, una de las características de este siglo XIII y así se multiplican las *ententes*, ligas, confederaciones, etc., aunque casi siempre resultan efímeras.

El siglo XIV, sin embargo, presenta ciertos rasgos comunes que se reproducen en el seno de los diversos Estados. Por un lado se aprecia una dispersión en el reparto del poder –refrendada por la multiplicación de autoridades–, por el otro un espíritu colectivo nuevo, sobre todo en las ciudades –donde el individuo se siente identificado por la pertenencia al grupo, a la microestructura política o social– y, por último, se difunde el espíritu de conquista –se lucha por las libertades y se exigen franquicias de todo tipo– y, simultáneamente, hacen su aparición las teorías y doctrinas que exaltan el poder laico (Dante, Pierre Dubois, Marsilio de Padua, etc.) ¿Guarda todo lo expuesto por M. Riu alguna relación con la Europa actual? ¿se aprecian convergencias entre el espíritu colectivo del siglo XIV, por poner un ejemplo, y los nacionalismos del XX? ¿acaso el siglo XX no ha sido el marco de la lucha por el dominio entre dos poderes políticos antagónicos?

– Y, siguiendo en esta línea de interrogantes, S. Claramunt analizó ciertos aspectos de Bizancio que hacen reflexionar acerca del conflicto balcánico actual e insistió en el hecho de que la aparente unidad del Imperio Bizantino –en clara alusión a Yugoslavia– no era, en realidad, más que un espejismo. La inviabilidad, o mejor dicho la inoportunidad, de la idea de Europa es evidente y en todo caso sería conveniente hablar de «las dos Europas», siempre según las palabras de S. Claramunt, quien llegó a recordar que «*el Imperio Bizantino se sintió directa y frontalmente agredido por el mundo latino*». En este sentido resulta evidente que las Cruzadas son el punto de encuentro traumático entre «las dos Europas», idea perfectamente reflejada por A. Riera al manifestar que «*Bernardo de Claraval predicaba la Cruzada y Ana Comneno la padecía*».

– Quizás donde mejor se aprecian los puntos de coincidencia es en el camino de Santiago, hecho histórico dotado de una amplia proyección en el territorio de Europa y que goza de enorme actualidad. La *Xunta* de Galicia intenta hoy en día repetir hechos históricos de gran envergadura, como señaló E. Portela, y en un lugar destacado de esta iniciativa se encuentra la recuperación del camino de Santiago. De cualquier modo es innegable que la ruta jacobea desempeñó un papel integrador, en cuanto realidad espacial, en su triple dimensión: a) de comunicación: fue una verdadera ruta internacional desde finales del siglo XI; b) de urbanización: propició la aparición de nuevos núcleos urbanos y el despertar de otros preexistentes; y c) de integración: fue utilizada por hombres y mercaderías, pero también por los cabecillas de las revueltas urbanas del siglo XII. Pero, tras las palabras de E. Portela, nos preguntamos con él si el camino de Santiago fue realmente un elemento constructor de Europa o solamente el gran difusor de la ideología cristiana.

* * * * *

En resumen, las cuestiones planteadas en esta «XXI Semana Internacional de Estudios Medievales» giraron en torno a los aspectos siguientes:

– ¿Se puede hablar de *una* Europa, de *dos* Europas o incluso de *varias* Europas? ¿Es lícito ignorar la divergencia que existe entre el Occidente medieval, Bizancio, los pueblos escandinavos, los eslavos, el Mediterráneo, el Mar del Norte, etc.?

– Existe una enorme dificultad a la hora de establecer el «nacimiento» de Europa ¿Cuál es la macroestructura política medieval que merece el calificativo de antecedente directo de Europa: el Imperio Romano de Occidente, Bizancio, el Imperio Carolingio, el Sacro Imperio Romano Germánico?

– Es preciso reflexionar acerca de las transformaciones del siglo XII, punto de partida –según algunos participantes– de Europa.

– No se debe menospreciar el papel integrador de algunos fenómenos, como el Derecho y la Ley, el camino de Santiago, la irradiación de Cluny o, incluso, la

conservación del aprecio por lo escrito tras el hundimiento del sistema educativo romano –según dijo Manuel C. Díaz y Díaz–, aunque siglos más tarde los escritores en romance no se consideran distintos ni continuadores de los latinos pero se esfuerzan en imitarlos.

– Resulta patente la desunión y falta de cohesión interna que ofrecen ciertas entidades políticas, las cuales se han convertido paradójicamente en los grandes «mitos» de la Historia de Europa, es decir el Imperio Carolingio, el Sacro Imperio Romano Germánico o Bizancio.

– Y, por último, cabe insistir en el olvido de todo aquello que se refiere al Islam a la hora de buscar las señas de identificación de una más que hipotética Europa medieval.

Es difícil, pues, hablar de *una* Europa en la Edad Media y parece más riguroso hablar de *dos* Europas pero, en este caso, queda claro –como insistió S. Claramunt– que ninguna de ellas fue mejor o superior a la otra y que ambas contribuyeron en pie de igualdad a la transmisión de un importante legado histórico que ha llegado hasta la Europa actual: «... *el gran monasterio cisterciense, el templo románico, la catedral gótica, la iglesia visigoda, la basílica bizantina, la mezquita abbasí, el palacio nazari, la procesión religiosa o cívica, la gran mayoría de festejos populares: todo ello nos habla de una época lejana en el tiempo pero próxima en el vivir cotidiano*».